

Comentario al
texto bíblico

UNIENDO EL
CIELO Y LA
TIERRA.

RAZONES PARA
AGRADECER Y ORAR

I TRIMESTRE - 2026

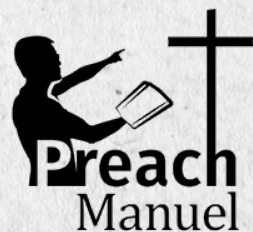
PARTÍCIPIES DEL EVANGELIO Y DE LA OBRA PERFECTA DE CRISTO

Al comenzar su carta a los creyentes de Filipos, el apóstol Pablo abre su corazón con palabras de gratitud. No se trata de un agradecimiento superficial, sino del gozo profundo que brota al contemplar la obra de la gracia de Dios en otros. Pablo reconoce que aquellos hermanos participan de una realidad espiritual viva: la comunión en el evangelio. Esta comunión no es simplemente afinidad religiosa, sino una participación real en Cristo por medio de la fe.

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros... por vuestra comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora” (Filipenses 1:3–5).

Tener comunión en el evangelio significa ser **participantes de Cristo**. El creyente no solo cree en una verdad, sino que vive unido a una Persona. Esta unión es descrita en las Escrituras como una realidad profunda y transformadora: Cristo en el creyente y el creyente en Cristo. Así lo expresa Pablo cuando afirma que “Cristo en vosotros” es “la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27), y cuando ora para que Cristo habite por la fe en los corazones de los creyentes (Efesios 3:16–17).

Esta comunión es posible por medio del Espíritu Santo y de la Palabra. Cristo mismo enseñó que su manifestación en el creyente ocurre cuando su palabra es recibida y guardada.



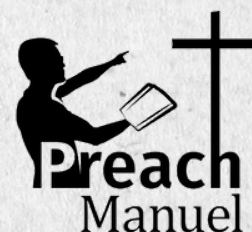
PARTÍCIPIES DEL EVANGELIO Y DE LA OBRA PERFECTA DE CRISTO

“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). Allí donde la Palabra es atesorada, el Espíritu obra, y la presencia de Cristo se hace real y efectiva.

Sobre esta base, Pablo expresa una convicción firme y llena de esperanza. No se trata de optimismo humano, sino de certeza espiritual: **la obra que Dios inicia en el creyente no quedará inconclusa.** “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

La vida cristiana, entonces, no es un esfuerzo aislado por alcanzar la perfección, sino un proceso sostenido por la fidelidad de Dios. El crecimiento espiritual es posible porque el creyente ha recibido todo lo necesario para la vida y la piedad (2 Pedro 1:3–4). Por eso, la meta no puede ser menor que la restauración plena de la imagen de Cristo en el carácter.

Esta esperanza transforma la manera en que se vive la fe. El creyente no avanza confiando en su propia fuerza, sino descansando en la obra continua de Cristo en su interior. Al contemplarlo, al meditar en su vida y su obra, el Espíritu produce una transformación progresiva “de gloria en gloria” (2 Corintios 3:18). **Así, la perfección no es una carga que alcanzar, sino una promesa que creer y disfrutar en Cristo.**



PARTICIPANTES DE LA GRACIA Y DEL AVANCE DEL EVANGELIO

Al continuar su mensaje, el apóstol Pablo profundiza en la relación espiritual que lo une a los creyentes de Filipos. No se trata solo de afecto humano, sino de un amor que nace de una realidad más profunda: **la participación común en la gracia de Cristo**. Pablo afirma que los lleva en el corazón, no solo en los momentos de libertad, sino también en sus prisiones, entendiendo que tanto la defensa como la confirmación del evangelio los une en una misma causa.

“Como me es justo sentir esto de todos vosotros... por cuanto os tengo en el corazón, y en mis prisiones y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia” (Filipenses 1:7).

Este amor entrañable tiene un contexto concreto: **las prisiones de Pablo**. Lejos de interpretarlas como una tragedia o una pérdida para la iglesia, el apóstol revela su verdadero propósito. Pablo no está preso para que el evangelio pierda un mensajero, sino para que el evangelio sea confirmado con poder. Sus cadenas se convierten en testimonio vivo de la eficacia de la gracia de Cristo, aun en medio del sufrimiento.

Cuando un creyente sufre y, aun así, se goza en Cristo, **el evangelio avanza y el enemigo es derrotado**. Este gozo no es un ejercicio teórico ni un simple esfuerzo mental; es el fruto de una realidad espiritual profunda: la muerte del yo y la exaltación de Cristo en el corazón.



PARTICIPANTES DE LA GRACIA Y DEL AVANCE DEL EVANGELIO

Solo cuando Cristo reina internamente, el creyente puede glorificar a Dios en medio de la tribulación.

Esta experiencia no nace de la autoayuda ni del conocimiento intelectual, sino de **la participación real en la cruz de Cristo**. La crucifixión del yo es un milagro que solo puede producirse por la obra del Espíritu, cuando Cristo vive verdaderamente en el creyente.

En este contexto, Pablo eleva una de sus oraciones más ricas y profundas. Su petición no comienza con obras ni con esfuerzo humano, sino con el amor: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento” (Filipenses 1:9–10). Este amor no es sentimental ni superficial; es un amor que crece unido a la verdad y al conocimiento del carácter de Dios.

El amor verdadero siempre conduce a la justicia, porque conocer a Dios implica conocer su santidad. Por eso, el amor que no crece en conocimiento termina justificando el pecado y debilitando la vida espiritual. En cambio, el amor que abunda en ciencia produce discernimiento, transforma la mente y capacita al creyente para aprobar lo mejor, siendo sincero e irreprochable para el día de Cristo.

Este crecimiento solo es posible mediante la comunión con la Palabra.



PARTICIPANTES DE LA GRACIA Y DEL AVANCE DEL EVANGELIO

No hay participación con Cristo sin la Palabra, ni transformación genuina sin contemplarlo en ella. De esa comunión nacen los frutos de justicia, que no son producto del esfuerzo humano, sino de Cristo viviendo en el corazón (Filipenses 1:11; Efesios 2:10).

Finalmente, Pablo reafirma que sus prisiones han redundado en el progreso del evangelio. Su testimonio ha dado ánimo a otros creyentes para anunciar la Palabra con mayor valentía (Filipenses 1:12–14). Incluso cuando algunos predicán por motivos equivocados, Pablo se goza en una sola cosa: Cristo está siendo anunciado (Filipenses 1:15–18).

Aquí se revela una profunda convicción apostólica: el evangelio no depende del control humano. Es el Espíritu quien dirige la obra, y Cristo, como cabeza de la iglesia, se encarga de sus siervos. Por eso, Pablo descansa, se goza y sigue proclamando que, aun en medio de la aflicción, la gloria de Cristo prevalece.

PODER PRESENTE EN CRISTO

Al dirigirnos a **Colosenses capítulo 1**, el apóstol Pablo comienza, una vez más, con acción de gracias. Esta gratitud no es genérica, sino profundamente teológica: Pablo agradece a Dios por la **fe en Cristo Jesús** y por el **amor a todos los santos**, virtudes que nacen de una causa más profunda: **la esperanza guardada en los cielos** (Colosenses 1:3–5).

Esa esperanza no surge de la experiencia humana, sino de la **palabra verdadera del evangelio**, la cual ha llegado a los colosenses y, como Pablo afirma, **“lleva fruto y crece”** tanto en ellos como en todo el mundo (Colosenses 1:6). El evangelio, por definición, tiene una meta: **Cristo habitando plenamente en el creyente**. Como enseña Efesios 3:16–19, el propósito del llamado es que Cristo viva por la fe en el corazón, conduciendo al creyente a participar de la plenitud de Dios.

Por esta razón, el evangelio nunca deja a una persona igual. **Transforma, ennoblece y renueva el carácter**, porque introduce al creyente en una experiencia viva con Cristo. Esa transformación debe verse en la vida pública, en las relaciones, en la comunidad y aun en el mundo interior del pensamiento, llevando “todo pensamiento cautivo a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5).



PODER PRESENTE EN CRISTO

Pablo también destaca que esta esperanza está **reservada en los cielos**, lo cual establece una tensión espiritual fundamental: el creyente vive una salvación real en el presente, pero espera su cumplimiento final (Colosenses 1:5; 1 Pedro 1:3–5). Por ello, la seguridad del creyente **no descansa en sí mismo ni en una experiencia pasada**, sino en la **participación constante con Cristo** por medio del Espíritu (Efesios 1:13–14).

Más adelante, Pablo revela el contenido central de su oración: que los creyentes sean **llenos del conocimiento de la voluntad de Dios** en toda sabiduría e inteligencia espiritual (Colosenses 1:9). Este conocimiento no es teórico, sino práctico: capacita al creyente para **andar como es digno del Señor**, agradándole en todo, llevando fruto y creciendo en el conocimiento de Dios (Colosenses 1:10).

Finalmente, Pablo afirma que los creyentes son **fortalecidos con todo poder**, conforme a la potencia de la gloria de Dios (Colosenses 1:11). Ese poder es identificado claramente en Efesios 1:19–20: **el poder de la resurrección**, el mismo que levantó a Cristo de los muertos. Este poder está disponible hoy para los que creen, no solo para el futuro, sino para vivir ahora una vida transformada, creciendo a la semejanza de Cristo



PODER PRESENTE EN CRISTO

Así, el evangelio no solo promete herencia futura, sino **poder presente**, asegurando que la obra que Dios comenzó en Cristo se cumpla plenamente en aquellos que permanecen unidos a Él por la fe.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

